

EL HUMOR COMO FORMA DE FRAGILIDAD Y FIGURA DE AMOR

Carlos Díaz

UNIVERSITAT COMPLUTENSE DE MADRID

Este artículo comprende una reflexión filosófica sobre el humor. A lo largo del texto el autor ensaya distintas definiciones de humor y establece una tipología: el humor satírico, enigmático, intelectual, liberador, festivo, rompedor, freudiano, desestabilizador... Según el autor el humor es la más sorprendente manera de tomarse lo serio en broma porque nace del asombro ante lo desmesurado del cosmos y porque brota como metáfora de los opuestos.

1. El humor como forma de fragilidad

Nuestra hipótesis de trabajo es simplemente que ningún empirista acérrimo a ultranza podría recabar para sí la condición de humorista por ser su cabeza incapaz de toda dilatación ya que únicamente le caben en ella sus impresiones sensoriales, motivo por el cual razona como sigue: "Ninguna criatura marina mide menos de dos pulgadas; todas las criaturas marinas poseen branquias. Todo lo que mi red no recoge se halla *ipso facto* fuera del campo del conocimiento ictiológico, y no forma parte del reino de los peces que ha sido definido como el tema de mi conocimiento. En suma, si mi red no lo puede recoger, no es un pez". Ahora bien, situado en la antítesis de tan pobre modo de argumentar, el humor es la manifestación de lo absoluto invisible a un ser humano relativo que se ve sorprendido de mil formas, siempre y en todo lugar, por la vida misma que le sobrepasa y trasciende. Veámoslo con un poco de detenimiento, no nos pase lo que a los hermanos Marx:

- Groucho: Vamos, Ravelli, ande un poco más rápido.

- Chico: ¿Y para qué tanta prisa, jefe? No vamos a ninguna parte.

- Groucho: En ese caso, corramos y acabemos de una vez con esto.

a. El humor es muy serio

En efecto, el humor no surge cuando el rigor se evapora, cuando lo serio está de vacaciones, cuando las puertas del museo o de la academia se cierran; no surge el humor al margen de lo serio y de los espacios sagrados del discurso, en el exilio de lo verdadero, en la zona de la arbitrariedad o del capricho irresponsables, en los intersticios acotados para la trasgresión, para el entretenimiento, para el ocio, para lo trivial y jocoso.

No. El humor no es una figura simplona y tristemente cómica del espíritu que no entendiera la realidad, por quedar aislada, fuera de ella, desimplicada de un orden para ella ininteligible, todo lo contrario. El humor es la más sorprendente manera de tomarse lo serio en broma, y ello por un motivo: porque nace del *asombro* sentido ante lo desmesurado del cosmos y por ende brota como *metáfora de los opuestos* con la cual expresamos el carácter desorbitado y pletórico de lo real en cuyo inabarcable magma interior nos sentimos pequeñísimos, desgarrados a veces, insatisfechos, desilusionados, disonantes, sí, pero también siempre fascinados y a la búsqueda de algo nuevo y maravillador; el humorista, pues, no se toma a sí mismo como ombligo del cosmos a partir del cual desarrolla su punto de vista absoluto u omniabarcante, ni se empeña en yacer tan sólo sobre el propio costado de su modesta razón *finita*, limitada y falible, antes al contrario se sumerge en las aguas de todos los océanos y en las tempestades de todas las latitudes tratando de dejarse plenificar por ellas, desbrozando las apariencias y aceptando el reto y el rumor de la llamada que emerge de *profundis*. Sabe por tanto el humorista ya de entrada que hasta sus propias afirmaciones de absoluto han de ser tomadas con máxima modestia, puesto que si hacemos caso a Quevedo "todo vive sujeto a la fragilidad y al accidente; todo caduca, todo enferma, todo muere, hasta la ley que nos conserva" (*De la Mundana Falsedad y la Vanidad de los Hombres*, 1).

¡Tanta es la enormidad de lo que nos rodea e inmerge! ¡Y tan frágil y quevedesca nuestra condición particular!

"Vivir es caminar breve jornada,
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
ayer al frágil cuerpo amanecida,
cada instante en el cuerpo fatigada"

La respuesta humorada a esta situación se halla transida de *nostalgia*, esto es, de presencia en el modo de ausencia, y de ahí la caracterización del hombre como animal nostálgico, saudoso o saudadoso, que acentúa la insatisfacción en la espera de lo absoluto, polarizado en la ausencia cuya presencia venidera espera, con

su correspondiente carga catártica. Desde esta perspectiva el humor forma parte esencial de lo que ha venido llamándose desde Boecio "consolación de la filosofía". Humor que de alguna manera no consuela, humor que no es tal.

b. El ex-abrupto del humor

Consciente de esa lucha entre lo finito sorprendido y lo infinito sorprendente, Arthur Schopenhauer asegura que la causa de lo risible se halla siempre en la *subsunción paradójica* e inesperada de algo bajo un concepto que no le corresponde, de tal modo que cuanto mayor es la falsa subsunción, tanto más violenta la risa, reduciendo así la risa a un silogismo con una premisa mayor indiscutible, una premisa menor inesperada, y una conclusión por ende lógicamente risible. Así pues, sólo parece ser humoroso quien deje al aire las paradojas de la lógica, aunque las deje al aire lógicamente. En consecuencia, donde se forman los conceptos, allí está lo verdadero y lo falso, pero donde los conceptos se rompen se encuentra el humor, que es ruptura de la racionalidad fría.

Por mor de lo inesperado en la conclusión es por lo que *Momo*, el pagano dios de la risa, aparece siempre en escena **de forma repentina y con un ex abrupto**: helo ahí cual aceleración taquistoscópica de la razón cálida y humorista que deja atrás a la fría razón lógica (pasada por la izquierda de una razón que se deja atrás a sí misma). En esa risa distendida, rápida, saltarina, inesperada, bufonesca, es donde lo racional caracolea, se plenifica y distiende sobrevalorando y enseñoreándose del campo de juego en su forma de racionalidad suma allende la racionalidad meramente lógico-silogística, racionalidad esta última que no da de sí todo lo que contiene en ella misma. Risa, en fin, que lejos de limitarse a un único registro puede hacerse risa de conejo, risa sarcástica, risa sardónica, carcajada hilarante, risita, risotada, burla, parodia, regodeo, chacota, choteo, chanza, etc, y que te hace reventar, mondar, mearte, retorcerte, morirte de risa, descoyuntarte, descuajaringarte, desternillarte.

c. Humor satírico

Por ende, dada la abundancia inagotable de lo real que nos sobrepasa, el humor se ha manifestado históricamente en su doble condición de plétora y de sátira.

La sátira, del latín *satura*, significó en principio bandeja repleta (¡saturada!) de frutos variados que se ofrecían a los dioses del campo. En Ennio, por ejemplo, las *Saturae* significan aún un

conjunto de obras variadas, y el sentido literario como género lo adquiere la sátira a partir de los "juegos de sátiros" en los que se parodiaba a los héroes trágicos, y de ahí cada vez más su vertiente burlesca, escarnecedora, cínica y sarcástica, que es respuesta al carácter eutrapélico de la vida el cual deja en ridículo al lógico químicamente puro (la lógica es aburrida porque camina con muletas y se apoya en lo esperado calculable, si bien el lógico puede dejar de ser aburrido, a condición de que deje de ser lógico; de ahí el amuermamiento en el gremio).

d. Humor enigmático

Ante la abundancia de ofertas hermenéuticas procedentes de la vida misma, la compleja racionalidad humorosa y el **enigma** se hallan recíprocamente cercanos, sobre todo si recordamos que **enigma**, del griego **ainigmós** (así como también el **aforismo**, máxima, sentencia, en griego **ainós**), significa "juego sacro", esto es, iniciación a lo misterioso inextricable donde los arcanos insondables e inestructurables tienen su asiento.

La sabiduría popular con sus refraneros y acertijos acentúa el carácter sacro, esotérico, mágico y mítico del humor, todo lo cual ensancha y lleva cada vez más lejos hacia los arcanos del saber que no se sabe y cuya mistericidad nos incita a saltarnos a la torera el **non plus ultra**.

e. Humor intelectual

En ese contexto críptico, misterico, cabalístico, oraculesco, el humor se sirve de la antífrasis, el juego de palabras, lo antílogon, el enigma, el acertijo, lo diverso o di-vertido, la antinomia, la paradoja, el paralogismo, el dualismo, la equivocidad, la retórica hábil, culterana o/y conceptista, la agudeza, el arte del ingenio, la sutileza, el juego de palabras (al que por cierto Aristóteles denomina *paidia*, broma, término tan cercano etimológicamente a la *paideia*), la polémica y disputadora dialéctica con su humor erístico (Eris era la diosa de la discordia o disputa), y para que no se vaya la mano en eso de la disputa por la disputa (cosa propia del mal humor, del mal genio o mal carácter) recuerda Cicerón en su *De Oratore* que es muy propio del orador mover a la risa "porque con ello da a entender que el mismo orador es un hombre culto, erudito, urbano; pero sobre todo porque mitiga y relaja la severidad y tristeza, y deshace en juego y risa la ociosidad que no es fácil destruir con argumentos".

Así pues ¿qué arma mejor para acercarse incruentamente a lo real omniabaricante que el *humor intelectual*? Bernard Shaw se dió cuenta perfecta de ello al afirmar que "toda tarea intelectual es

esencialmente humorística", pues el que juega hábilmente con imágenes cómicas y situaciones grotescas *abre a lo diferente*, a lo posible, resultando de ese modo su humor la antítesis del dogmatismo fóbico y encasillador que rechaza lo que no queda férreamente sujeto al principio de identidad.

(Nuestro desacuerdo total, pues, respecto de aquel romántico alemán, Jean Paul Richter, para quien el humor, a diferencia de *lo sublime* representado por la infinita belleza canónica y serena, es una negación de lo infinito absoluto que busca resentidamente rebajar lo grande y exaltar lo pequeño: "Si lo sublime es lo infinitamente grande, lo risible es lo infinitamente pequeño", escribía Richter, de ahí que el humor le parezca inspirarse ante todo en la seriedad y hasta en el malhumor, que según su opinión buscaría la aniquilación de lo infinito, por todo lo cual deduce que los humoristas son gentes tristes, melancólicas, inglesas en su inevitable *humour*).

f. Humor liberador

Por lo mismo, el humor nos parece un mecanismo de *desahogo* o de liberación frente a realidades cerradas, clausurantes, difíciles, angostas, pues, al liberarnos del patético corsé y de la rigidez cadavérica con que el rigor presunto de lo real tiende a constreñirnos, el humor nos abre el mundo, nos lo ensancha, nos instala en la magia, en la sorpresa, en lo inesperado, en lo aparentemente imposible. De ahí también que libere nuestro rígido esquema corporal, relaje y alivie, e incluso distienda nuestros esfínteres y pulverice nuestra coraza muscular, en el sentido en que lo defendiera el marxofreudiano Wilhem Reich. En consecuencia, por mor del humor acabamos de salir de la cárcel de lo necesario, cosa que ya había intuído Ludwig Wittgenstein: "Los resultados de la filosofía -escribía- consisten en el descubrimiento de los puros sinsentidos que surgen acá o allá y de los chichones que el entendimiento se hace por levantar la cabeza golpeando contra los límites del lenguaje. Estos chichones nos hacen ver el valor de tal descubrimiento".

En el fondo no se puede negar que todos reímos cuando con flexibilidad humorística rompemos el atenazamiento de lo que más tenemos y cuando por esa flexibilidad misma somos llevados a lo que más deseamos. Desde esta perspectiva, pues, no le habría faltado su parte de razón a Henri Bergson cuando entiende el humor como *correctivo social* frente a la rigidez, la rutina y la repetición mecánica: "La flexibilidad de un vicio sería menos fácil de ridiculizar que la rigidez de una virtud. La rigidez es sospechosa a la sociedad". Así que a fin de cuentas el humor es la facultad de ver

el fondo de ojo de la realidad más allá de sus rarezas, durezas y extravíos mecánicos.

g. Humor festivo

De ahí viene asimismo la asociación de humor con *fiesta*, con frivolidad, con tiempos de ruptura de la lógica del coniuo laboral, con áreas de descanso, etc.: humor jocundo, jovial, alegre, festivo, báquico, del bufón cascabelero, del juglar cínico, del gran histrión. En los días feriados muchas racionalidades rígidas se ven de amistad y de vibración simpática, por lo cual en la distendida y flexible festividad, a veces todo se trastrueca y lo inesperado adviene: en aquella juega llovió tanto que todos los cerdos quedaron limpios y todos los hombres sucios. En medio de la desinhibición lúdica, en fin, loco es —como dijera G.K. Chesterton— “quien lo ha perdido todo, menos la razón”.

El humor tiene tantas capas como la cebolla, pero su fondo abisal, su diamante último está hecho de la materia de la *alegría*. La alegría se alimenta de confianza próxima o/y remota en la realidad buena, tanto al menos como para que merezca la pena festejarla, vivirla en permanente estado de fiesta, de impulso eufórico, ello incluso en los momentos de adversidad, que son precisamente aquellos momentos en que el jocundo marca la diferencia: “Sí, hace mal tiempo, pero mejor mal tiempo que ningún tiempo”. El humorista, o la filosofía del *menos da una piedra*.

Como asegura el proverbio chino, ningún ser humano puede impedir que el pájaro oscuro de la tristeza vuele sobre su propia cabeza, lo que sí puede y debe impedir es que anide en su propia cabellera. Desde luego hay ciertas risitas flojas que a uno le cargan, y ciertos ridentes de los que cabría decir que son peores que los malos, pues si bien éstos descansan alguna vez, aquéllos nunca. Así que no confundamos al humorista con el que pasa la vida entre alelamientos místicos y manipuladores embelecos y va por la vida en plan jajajajijí, incapaz de dolerse o de condolerse en su debido momento (¿cómo quedaría un humorista haciendo chanzas a pie del muerto querido?), ni es tan tonto como para no saber estar triste o descontento, melancólico o aburrido (*allegro ma non troppo*), pero en cualquier situación va más allá de lo que razonablemente cabría esperar, descubriendo horizontes de posibilidad y por ende argumentos para la festividad.

Suyo es —en efecto— el universo, o multiverso, para mejor decir ahora, de lo *posible*, ese pórtico del mundo real (“sed realistas, pedid lo imposible”, rezaba aquella célebre pintada de mayo del 68) y por eso *se anticipa* a lo dado, ensanchándolo: ¡Apañados

estaríamos si para alcanzar la condición de alegres hubiéramos de aferrar en la mano todas las papeletas del triunfo vital! ¡Cuánto cara larga hemos visto con todos los triunfos en la mano! No. La alegría no viene siempre después del mérito en forma de premio, antes bien lo anticipa de tal modo que hace de la vida misma un premio; la alegría tampoco es la recompensa que sigue a la virtud, sino precisamente la que hace posible la virtud misma; la alegría, en fin, es una gracia, una gracia concedida a quien poseyendo alma de niño, alma de santa infancia, a pesar de todos los pesares grita: "¿Entonces era esto la vida? ¡Pues vamos de nuevo a ella!" Sin esa alegría la virtud no pasará de triste virtud, pero con esa alegría la virtud alcanzará la condición alquitarada de virtud cardinal. Si Mefistófeles era *der stets verneinende*, el eterno negador, el niño será *der stets bejahende*, el eterno afirmador, aquel que tiene siempre ganas de decirle sí a la vida, *lo biofilico mismo*.

Pobre, pues, de quien para conocerte mejor, Caperucita, pregunte: ¿para qué sirve la alegría?; ¿cuánto vale, dónde se compra, cómo se alquila?; ¿no nos daremos con ella un soberano golpe a la hora de la verdad, que siempre resulta ser la hora triste?; ¿no queda reservada la alegría -botella medio vacía- para los tontos, y la tristeza para los bien informados, botella medio llena?; ¿cómo permanecer jubilosos en un mundo jubilado de toda expectativa jubilar?; ¿no termina por resultar perjudicial todo lo que pone alegre? Uy, uy, uy:

- "El mundo se sostiene sobre el lomo de un elefante inconmesurable, el cual se sostiene a su vez sobre el caparazón de una gigantesca tortuga".

- "Y dónde se apoya la tortuga?"

- "Sobre una inmensa araña que le sirve de soporte".

- "Y la araña?"

- "Sobre una roca ciclópea"

- "¿Y la roca ciclópea?"

- "Señora mía, le aseguro que la roca ciclópea llega hasta abajo".

Verdad es que la condición de niño y la de preguntador coñazo van indisolublemente unidas, pero el niño pregunta desde el entusiasmo mismo de la afirmación y de la bendición (hasta el punto de que *entusiasmado* en griego significa *estar lleno de Dios*), nunca desde la perspectiva de la duda cartesiana ni, evidentemente, desde la duda cazorra. Pues la alegría que pregunta por qué surge la alegría deviene refutación misma de la alegría por la que demandábamos: preguntas hay, en efecto, que matan lo preguntado, no siempre la pregunta resulta ser la piedad del pensamiento como afirmaba Heidegger. Así que no por mucho preguntar se

amanece más con-tento, casi siempre más sin-tento. ¿Usted se imagina paralizando provisionalmente sus propios mecanismos respiratorios para mejor saber cómo respira y por dónde van y vienen los soplos y los resoplidos de turno? Mas ¿cuánto tiempo se imagina usted así en ese sostenido? Hágame caso, querido: el resuello viene por el cogote, ya está, o por los espíritus animales si así le place, vale, pero mientras tanto respire, por favor, no olvide decir siempre siete, setenta veces siete. ¿Pero entonces la alegría no tiene causa alguna que la genere? ¿Será acaso la causa incausada misma? Tal vez; como la rosa de Angelus Silesius, ella *es sin porqué*. ¿Y el resto? ¿Qué resto, si ella habita los espacios de lo incondicional? El resto es silencio.

Y para que se note que tampoco a mí me falta mi pequeño sentido del humor, voy a citar al respecto a don Fernando Savater, con quien suelo estar totalmente de acuerdo en el desacuerdo (aunque él ya no se acuerde), pero esta vez algo menos: "Esa experiencia de asentimiento está ligada a la *felicidad* y al *placer*, otros dos de sus advocaciones. Poniéndonos taxonómicos (lo cual quizá en un diccionario es inevitable antes o después), señalaremos que la felicidad es el *estado* de afirmación vital, el placer es la *sensación* de esa afirmación y la alegría el *sentimiento* de la afirmación. Si quisiéramos establecer una cierta jerarquía entre las tres variantes -no para preferir una a las otras-, deberemos considerar varios criterios. La felicidad es sin duda la de mayor ambición, tanta que la propia vastedad de su demanda nos hace dudar y retroceder. Suponerse feliz es afirmar una intensidad positiva suprema, estable e invulnerable (no hay felicidad en el desasosiego de perderla). Por eso el momento de la felicidad es el pasado, donde ya nada ni nadie nos la puede quitar, o el futuro, cuando aún nadie ni nada la amenaza; el presente, en cambio, está demasiado expuesto a lo eventual como para convertirse en sede de algo tan manífico. Cualquiera es capaz de asegurar con suprema convicción que *fue* feliz (Aristóteles no concede otra felicidad que la que se predica de alguien ya muerto y por tanto definitivamente *a salvo*), muchos afirman con intrepidez candorosa que *esperan* serlo, pero muy pocos se atreven a decir que ya, ahora mismo, lo son".

h. Humor rompedor

Y volvamos al humor. Por mor del trastrueque que conlleva, por su rebelión frente a la lógica fría, por su dejarse sorprender por la novedad realizando propuestas intelectivas y vitales a cual más imprevisibles y desequilibradoras, el humor puede resultar por una parte *trágico* o *dramático* cuando lo instantáneo que se abre ante nosotros tiene el carácter de lo irremediable, y por otra parte

subvertidor del orden establecido, *revolucionario* incluso cuando ese orden no es sino desorden establecido: el humor como espacio verbal de la rebelión es el divergir, el disgregar, el romper la unidad apelmazada con la cuña del ingenuo, y por ende también el saber quedarse solo ante el peligro, tal y como escribía don Francisco de Quevedo y Villegas:

“No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises, o amenazas miedo”

En muchas ocasiones no resulta tan dañino oír lo superficial como dejar de oír lo necesario, así que la condición revolucionaria propia del humorista consiste, pues, en salirse *proféticamente* de la masa perezosa que sólo rompe su gregarismo con amaneceres malhumorados pero de nuevo gregarios en los que desborda sin la menor delicadeza los cauces mismos en que ella misma se acostaba la víspera para volver a encauzarse en olor de gregariedad, aunque fuere en el sentido contrario respecto a su marcha anterior. Por eso el humor revolucionario sienta tan mal: porque deja rotundamente con el culo al aire a la masa segura de sí misma, mostrando ingeniosamente la obviedad vulgar de su seudoverdad compartida: ¿acaso un millón de moscas comiendo mierda como menú selecto no se entrega a un mal menú, por muy numerosas que ellas sean? Ahora bien, el humorista revolucionario no solamente alcanza a zaherir el gregarismo cerril de los enemigos, como hace por ejemplo Jaime Campmany, que podría ser reputado de sainetero gracioso:

“Y luego viene una tropa
de ediles y consejeros,
alcaldes y robacalles,
pícaros, mamandurrieros,
paniaguados, traganóminas,
pirañas del presupuesto
y toda la comitiva
de los socialistas éticos”
(Romance del Socialismo Ético.
Espasa Calpe, Madrid, 1995).

Del sainetero podría decirse con Octavio Paz que, encandilado por la misma brillantez de sus fórmulas, puede a veces resultar, más que hondo, rotundo. Para alcanzar la dignidad de humorista revolucionario hacen falta, sin embargo, muchos más quiñones de los que dispone el gracioso: es necesario además volver la grupa contra la propia grey y desmitificar esa su gregariedad instalada en las propias filas quedándose absoluta y totalmente solo y sin patria de identidad, o mejor, sin otra patria que la inmensa

patria de la palabra profética, siempre transferrada, desterrada y aterrada.

El humorista que rompe con las convicciones emergentes de la rebañiega grey al quedarse a la luna de Valencia frecuentemente tendrá que decir con Borges: "Yo era conservador pero como no hay nada que conservar..." Y es que el humorista se arriesga siempre, al menos vive en la rebeldía y en la insumisión permanentes, toda vez que "donde hay poca justicia es peligroso tener razón" (Quevedo: *De la Mundana Falsedad y la Vanidad de los Hombres*, 28). Dicho de otro modo, resulta casi imposible atravesar una muchedumbre llevando en la mano la antorcha de la verdad sin desestabilizarla y sin chamuscar a alguien las barbas, como bien sabía el cínico Diógenes de Sínope, el cual:

- al ser invitado a una mansión muy lujosa donde se le prohibió escupir, después de aclararse la garganta le escupió en la cara del propietario alegando: "no he encontrado otro lugar más sucio para hacerlo";

- al observar una vez a un niño que bebía en las manos arrojó fuera de su zurrón su copa, comentando: "Un niño me ha aventajado en sencillez";

- pedía limosna a una estatua. Al preguntársele por qué lo hacía, contestó: "Me acostumbro a ser rechazado";

- al ver al hijo de una prostituta tirar piedras a la gente, le gritó: "Ten cuidado, no vayas a darle a tu padre";

- a uno que decía que la vida es un mal, le reconvinó: "No la vida, sino la mala vida que llevas".

En definitiva, como escribiera Albert Camus, "no es que todo valor implique un movimiento de rebeldía; pero sí la inversa, todo movimiento de rebeldía exige tácitamente un valor".

Por lo dicho, el humorista profundo se encuentra en la antítesis del *reaccionario*, el cual no solamente fabrica los corchos para taponar los agujeros, sino que dispone de un tipo de agujeros que segregan por sí mismos el tapón que los clausura.

i. Humor freudiano

Por lo mismo también estamos con Sigmund Freud en su tesis de que el humor deviene la expresión liberadora del *inconsciente*, liberación hacia el principio de placer respecto del estrecho cerco del principio de realidad, tal y como se manifiesta en el chiste: "El chiste hace posible la satisfacción de un instinto, sea libidinoso u hostil, salvando un obstáculo que impide su expresión".

De ahí asimismo que el humor le sirva al individuo para evi-

tarle sufrimientos. La carencia del sentido del humor del abrumado, del angustiado, del hombre de negra melancolía, del tétrico puritano, del fanático, todo eso (antaño falsamente sinonimizado con la profundidad de espíritu) suele ser fuente de sufrimiento represivo y en consecuencia de inextinguible agresividad reactiva y exterminadora.

j. Humor desestabilizador

El humor, impenitente robacabezas, trastrueca la disposición orgánica de la razón hasta el punto de rozar la locura, algo tan humano que no estar loco podría ser una forma más de locura. Él hace que los ojos se salgan a la frente; mirar con todos los ojos hasta donde alcanza el ojo; tener los sesos ladeados; caminar sobre pie ancho, un pie tras otro; dar una vuelta alrededor de un dedo; sacudirse una montaña de los hombros; conceder libertad a los dedos para firmar con ambas manos.

El humor rompedor lleva siempre al concepto a campar más lejos respecto de su propia campalidad, hasta el punto de que sería obligado concluir junto al cartesiano "pienso luego existo" el *pienso luego río*; hay humor cuando al fin y al cabo uno se ríe porque alza el pendón de su risa como su banderín de rebeldía *contra la pedantería del método*, especialmente de un método entendido como *orden lógico y rigor infalible*, ese orden tan artificial como el desnudo de aquellas bailarinas que bailan desnudas pero ante las cuales se tiene la sensación de que están disfrazadas de desnudo, ese orden que no es sino el pálido rigor de la muerte, cosa que por cierto ridiculiza un lógico con algún sentido del humor, el propio Bertrand Russell, en sus *Pesadillas de Personas Eminentes y Otras Historias*: "Hay una cámara, especialmente penosa, destinada a los filósofos que han refutado a Hume. Estos filósofos, si bien son huéspedes del infierno, no han aprendido la sabiduría. Continúan gobernados por su propensión animal hacia la inducción, mas cada vez que han hecho una inducción, la próxima se encarga de falsificarla. Sin embargo, esto no ocurre sino durante los cien primeros años de su condenación, porque después aprenden a esperar que una inducción sea falseada, y por esta razón no resulte falsa hasta que otro siglo de tormento lógico haya alterado su espera. Lo imprevisto continúa a través de toda la Eternidad, pero cada vez a un más alto nivel lógico".

(Nuestro modesto desacuerdo, pues, ahora con Kant, quien en su *Crítica del Juicio* entiende el humor como la súbita reducción a la nada de una expectativa —lógica o no— frustrada: "Lo cómi-

co es una afección que nace de la repentina reducción a la nada de una intensa expectativa”).

k. Humor para el que don Catalino no vale

En consecuencia el humor es aquello que le falta a quien intenta *definirlo* porque piensa como el célebre don Catalino que fuera de la definición no hay salvación para la razón: “Fui a ver a don Catalino. Recordarán ustedes que don Catalino es todo un sabio, esto es: un tonto. Tan sabio que no ha sabido nunca divertirse y no más que por incapacidad de ello. Lo que no quiere decir que don Catalino no se ría; don Catalino se ríe y a mandíbula batiente; pero hay que ver de qué cosas se ríe don Catalino... Don Catalino cree, naturalmente, en la superioridad de la filosofía sobre la poesía, sin habersele ocurrido la duda —don Catalino no duda sino profesionalmente, por método— si la filosofía no será más que poesía echada a perder, y cree en la superioridad de la ciencia sobre el arte. De las artes prefiere la música, pero es porque dice que es una rama de la acústica, y que la armonía, el contrapunto y la orquestación tienen una base matemática. Inútil decir que don Catalino estima que el juego del ajedrez es el más noble de los juegos, porque desarrolla altas funciones intelectuales. También le gusta el billar por los problemas de mecánica que en él se ofrecen.

Un amigo mío, y suyo, dice que don Catalino es anestésico y anestésico. Pero anestésicos son casi todos los sabios. Al cuarto de hora de estar uno hablando con ellos se queda como acorchado y en disposición de que le arranquen, sin dolor alguno, el corazón.

Don Catalino cree en la organización, en la disciplina y en la técnica, y es feliz. Tan feliz como un perro de aguas que le acompaña en sus excursiones científicas. Al cual perro de aguas le ha enseñado, para divertirse, a andar en dos patas y a saltar por un aro. Por donde se ve que no estuve del todo justo al decir que don Catalino no sabe divertirse. Aunque hay quien dice que no es por diversión, sino por experimentación, por lo que don Catalino, perfecto mamífero vertical —que es la mejor definición del “homo sapiens” de Linneo—, ha enseñado a su perro a verticalizarse, es decir, a humanizarse...

- La verdad es algo objetivo, independiente de la intención y del estado de conciencia de quien la enuncia.

Y don Catalino se disponía a desarrollar este luminoso apotegma y a demostrármelo por “a” más “b”, cuando me puse en salvo. Porque don Catalino, sabio anestésico y anestésico, es más

objetivo todavía que las verdaderas científicas que enuncia. Y no hay nada que me desespere más que un hombre objetivo.

Inútil decir que a don Catalino se le conoce mucho más y mejor en Alemania que en ésta su ingrata patria. Como que yo creo que aquí se empezará a conocerle cuando se traduzca su gran obra de la última traducción alemana. Don Catalino está en correspondencia con los grandes espadas extranjeros de la especialidad que cultiva, con los Don Catalinos de Europa. De Europa como unidad intelectual, por supuesto.

Don Catalino se lamenta de nuestra ligereza, de nuestro exceso de imaginación. Estos del exceso de imaginación, que es una manía de don Catalino, es una manera de decir, porque nuestro sabio, hablando de imaginación, es como un buey mugiendo amor. Un día le encontré apenadísimo y casi indignado. Yendo de viaje, en un momento de distracción tentadora, se le ocurrió leer una crónica de Julio Camba y luego me decía: "¡Esto no es serio, esto no es serio!".

- ¿Y qué es lo serio, don Catalino? -le pregunté.

- Bueno, dejémonos de paradojas -me contestó-. Eso que yo le digo a usted, amigo don Miguel, es que, a título de humorismo y por hacer reír a las gentes, se produce un lamentable espíritu de irreverencia hacia la Ciencia.

No se descubrió al pronunciar la palabra Ciencia -y la pronunció así, con letra mayúscual-, pero es porque estaba ya descubierto. Yo volví a ponerme en salvo, de miedo de que intentara demostrarme que es pernicioso para un pueblo el espíritu de irreverencia para con la Ciencia y sus abnegados cultivadores" (Miguel de Unamuno: *Don Catalino, Hombre Sabio*).

En fin que si todos los que se entregan a la filosofía entendida como *rigor mortis* combaten por la sombra de un asno, y si según Voltaire "las discusiones metafísicas se parecen a los globos llenos de aire; cuando revientan las vejigas, sale el aire y no queda nada", entonces don Catalino hubiera podido estar dispuesto a dar la vida por defender el argumento ontológico aunque no hubiera sido creyente; como creyente sin embargo, no hubiera derramado ni una sola gota de sangre en favor de su fe, porque la razón vital le parecería razón impura, insuficientemente científica y ajena a la patria de la verdad.

1. Humor utópico

Así las cosas, por su condición de liberador de los encasillamientos rígidos, el humor resulta la *quintaesencia de la utopía*, en la medida en que ésta se manifiesta e impone como ilimitación y

como fiesta del reino del no-lugar, y como *ucronía* e ilimitación del todavía-no: si la utopía y la ucronía no coinciden con la realidad discreta, peor para la realidad discreta. O dicho de otro modo, cuando un padre y una madre centauros contemplan a su hijo jugar en una playa mediterránea, y el padre se vuelva hacia la madre para preguntarle "¿debemos decirle que solamente es un mito?", la respuesta materna habrá de ser lisa y llanamente decirle la verdad, porque la verdad no se limita al espacio ni al tiempo discretos.

m. Humor inagotable

Por eso, porque no hay esfera espacial ni temporal que lo encierre, ni reino que lo circuncide, ni pueblo que lo agote, ni tópicos que lo contenga, el humor desarrolla su autonomía cantando su canción a quien con él va, siempre por barrios diferentes, como la racionalidad cálida de Wittgenstein, de ahí la eterna *ontología regional* del humor: frío, verde, negro, fino, basto, *humour* inglés, *esprit* francés, agudeza española, Laune germánica (fantasía, capricho cuando se está involuntariamente sometido a ella; cuando se asume voluntaria y teleológicamente se es humorista, *launig*. Cfr. José Luis Suárez Rodríguez: *Filosofía y Humor: El Guiño de la Lechuza*. Ed. Apis, Madrid, 1988).

66

n. Humor pacificador

La otra vertiente de la ontología regional del humor se especializa en el *estilo humorístico* que deja al descubierto la psicología del humorista, sus infinitos humortipos: el que tiene chispa y duende, el que divierte con su actitud postural (lo lleva en la cara, su cara es un chiste, se le ve la *vis comica*), el satírico, el bromista, el gracioso, el gracioso, el gracioso, el burlón, el guasón, el payaso, el bufón, el cómico, el ganso, el hazmerreír, el histrión, el distraído o atolondrado sistemático, el chistoso, el sarcástico, el excéntrico, el pirao, el chiflao, el ingenioso, el irónico, etc, etc.

Algo al menos tienen todos ellos en común, de cualquier manera: en la antítesis de la saña aniquiladora del malsano, quienes hacen rumor padecen menos ulceraciones, superan pasablemente el fanatismo y desde luego no disparan (cfr. nuestro libro *Difícil Humor Nuestro de Cada Día*. Ediciones Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1991).

o. Humor algésico

Si quien dice ciencia dice también dolor, quien añade humor añade asimismo *dolor*. Los misterios gozosos del humor no

se dan sin sus correspondientes misterios dolorosos; no asumir el aspecto doloroso de ciertas situaciones puede resultar lo menos humorístico del mundo, e incluso frívolo e inhumano, y quizá en ese sentido haya que entender títulos como éste de Julius Bahusen (1830-1881), discípulo de Schopenhauer y estudioso de caracteriología: *Lo trágico como ley del mundo y el humor como forma estética de la metafísica. Monografías de los territorios fronterizos de la dialéctica real*.

Muchas veces, en efecto, para no causar *dolor* innecesario o excesivo en los demás, es menester que algo nos duela amoroso/humorosamente a nosotros mismos, y por esa razón no le faltaba en absoluto su punta de razón a Nietzsche cuando aseguraba, frente al egoísta redomado y frente al insensible embrutecido, que "el animal de la tierra que sufre más fue el que inventó la risa" (*Voluntad de Poder*). "Acaso sé yo por qué el hombre es el único que ríe. Sólo él sufre tan profundamente que ha tenido que inventar la risa. El animal más desdichado y más melancólico es también, con toda evidencia, el más alegre".

Ahora bien, mientras para el "nihilista" a ultranza cada carcajada es el silbido del viento entrando por una hendidura del alma, para el "algunista" o para el "omnista" el dolor alterna con la risa en el interior de la plenitud misma del ser, siendo la carcajada su desbordamiento ontológico. Esto quiere decir que el dolor de la realidad no concluye en la desesperación, sino que se abre al alborozo de la ligereza y ambos se extasían juntos en la sonrisa, cuyo hermoso aprendizaje recomendaba Zaratustra a los hombres superiores, explotando por fin en la risa, esa risa que podría definirse cual sonrisa con unos cuantos kilos de más.

Pero el descubrimiento de la dimensión humorista del dolor surge también de la limitación misma de la realidad que somos, de esa finitud insatisfecha que pese a todo se conduce porque en ella el saber/querer/poder/esperar *no coinciden*, de ahí que pueda definirse al humor como un "desgarramiento trágico que separa a nuestro querer de las obras que realiza" (Fernando Savater: *Invitación a la Ética*). La limitación: entrelazado de risas y lágrimas, bienquerencia que se transmite en la educación, donde quien bien te quiera te hará llorar.

Derivación maléfica, malhumorada e inmadura del dolor puede ser sin embargo la indecorosa e infausta *chocarrería*, de la que en sus *caracteres* afirma Teofrasto que es "un afán de chanza ostensible y censurable", un comportamiento como el del buitre despiadado arremetiendo sobre la carnaza ajena, que eviscera las tripas y haciendo de dicha evisceración festín sádico; comporta-

miento, pues, como el de quien suelta las propias babas sobre el vecino, coge las ascuas con las manos del otro, mira las cosas desde las manos ajenas, da picotazos en la nariz ajena, ridiculiza, revienta el ombligo del de enfrente, estira los tendones del prójimo, juega con los nervios del contertulio, le mete en sudores hasta el séptimo sudor, zahiere innecesaria, sarcástica, cruel e inmisericordemente, toma la lucha de frases como lucha de frases, se crece en la ceremonia de crueldad (esa quevedesca consideración del defecto y la debilidad como los constitutivos esenciales del ser humano: "No hay colmillo de jabalí que tal navajada dé como la pluma". Quevedo: *Sentencias*. Pero donde las dan las toman, el famoso libelo *El Tribunal de la justa venganza, erigido contra los escritos de don Francisco de Quevedo, maestro de errores, doctor en sinvergüenzas, licenciado en bufonerías, bachiller en suciedades, catedrático de vicios y protodiablo entre los hombres*).

El malhumorado juego descalificador tiene algo de diabólico, al menos si atendemos a la etimología, ya que lo *diabólico* (del griego *diaballo*: *precipitado en lo profundo*) es lo que sólo desciende a lo oscuro para allí quedar atrapado poniéndose rojo de ira, o amarillo de envidia, o verde de simulación ("toca dulcemente la flauta el cazador, mientras engaña al pájaro", aseveró Catón); en todos esos casos te hiciste una cara de meretriz: cuando no quisiste ruborizarte. En fin, que sin humor bueno del maledicente al malechor sólo media una breve ocasión. Y que la tribu de los que practican humor encanallado habitan la antípoda de *Laodicea*, esa "tribu amable" de humor amoroso.

p. Humor relajante

Otra derivación doliente y asimismo generadora de malestar se produce en la mentalidad del *obsesivo laborófilo*, ese compulsivo neurótico que nunca descansa, y que pretende universalizar su compulsión laborólica y su estricto sentido del rigor ordenancista, conforme a una lógica exterminadora implacable. Trabajando sin tregua domingos y festivos en la tierra es como *en-tierra* su humor, su humor triste de sepulturero, ese humor de quien sólo sabe recordar que todo tiene su fin, su finisterre, su *land's End*, porque no sabe ir más allá de la tierra. Enemigo del descanso propio y del ajeno, lo es también del humor mientras alega que con las cosas serias no se juega. Sujeto trágico, entiende la realidad como cálculo de rendimientos e ignora la gratuidad, no resultando capaz de situarse en el virtuoso término medio. En consecuencia no quiere el menor trato con la *eutrapelía* de Aristóteles, aquella virtud regulada y modera según el orden recto de la razón el exceso y el efecto

en los juegos, diversiones y entretenimientos (*Ética a Nicómaco*. IV, cap. 8; *Política*, libro VII, 3 y 7).

Mas ¿cómo explicar a nuestro obsesivo rigorista que un espíritu tranquilo es como un perpetuo festín, y que el séptimo día descansó Dios? Imposible: el carente de humor es como el rayo que no cesa en su celo, y pedirá el libro de reclamaciones para protestar hasta por el mismísimo descanso de Dios.

q. Humor escéptico

Por la misma razón, aunque en su extremo pendular, la *devotio posmoderna* hará del fragmento y de la permisividad lúdica un todo en el que paradójicamente se instalará con furor que no permite discrepancia, olvidando que un poco de humor escéptico (capaz de autocuestionar su propio estilo) al año no hace a nadie daño.

Y de esta guisa coincidirá también penosamente con la *devotio moderna* estajanovista y prometeica, que había hecho del sudor instaurador del todo una realidad en la que no cabe ni tan siquiera una miajita de humor ni de crítica: El aburrido y amuermante Benito Espinosa, adelantado de la modernidad prometeico/epimeteica, ya se había cuidado muy mucho de asegurar que "no se debe reír ni llorar, sino comprender". Comprender y trabajar, comer y callar, añadiría el marxismo heredero de la misma Ilustración.

r. Bromear en serio

En resumen, hay que hacer caso al Jenofonte que acuñó la expresión *bromear en serio* (*Ciropedia* 6,1,6), y que en el Simposio escribió sabiamente: "Las obras de los hombres bellos y buenos me parecen dignas de recuerdo, no sólo si fueron realizadas con seriedad sino también con broma". No estaría de más, así las cosas, definir al ser humano como *sapiens ridens que instruye deleitando, que sufre con dulzura, que es fuerte en la debilidad, que se personaliza comunitariamente, que padece compasivamente, y que lucha pacíficamente*.

Pero esto sólo cabe en el interior de una lógica más profunda y más extensa que la lógica silogística de las academias; esto sólo cabe en el interior de la lógica del amor que es propia de la razón cálida.

2. El humor como figura de amor

a. Crítica de la razón lúdica

Gracias a la extraordinaria capacidad intuspectiva del *humor amoroso*, que es el mejor embajador de la verdad, gracias a su capacidad de derechura y de atajo y a su desenvolvimiento dialéctico e implicativo, se produce el mejor descubrimiento racional: el de que *uno es capaz* de descubrirse a sí mismo esperpénticamente incluso descubriendo simultáneamente lo real profundo, de sentirlo, de acompañarlo incluyéndose uno mismo en la dinámica de la vida y de la alegría de vivirlo sin necesidad de enmascaramientos, a cara limpia.

Asimismo, que uno es capaz de convivir con las tonterías ajenas sin rasgarse las vestiduras ni inflamarse de teatral indignación. ¿Cómo si no podríamos continuar tomando en serio la enseñanza de la filosofía en Bachillerato, ahora que nadie da un duro por la Crítica de la Razón Pura? ¡Pues escribiendo una Crítica de la Razón Lúdica, que ponga en su lugar a quienes al recreo le denominan "segmento de ocio compartido", a los cinco minutos entre clase y clase "intervalo lúdico", y así sucesivamente!

Todo ello, claro está, a pesar de la muy lúcida conciencia de la propia inconsecuencia, como reconoce Quevedo en sus *Sentencias*: "Muy ordinario, predicar y no obrar. Como castigar jueces delitos que ellos cometen. Como médicos que no se curen a sí como a sus enfermos". De aquí estas otras palabras del *Sueño del Infierno* del mismo autor:

"Y llegando a una cárcel oscurísima, oí gran ruido de cadenas, grillos y fuego, azotes y gritos. Pregunté a uno de los que allí estaban, qué estancia era aquella, y dijéronme que era el cuartel de los "Oh, quién hubiera"..."

Son gente necia que en el mundo vivía mal, y se condenó sin entenderlo, y ahora acá se les va todo en decir: ¡Oh, quién hubiera dado limosna! ¡Oh, quién hubiera oído misa! ¡Oh, quién hubiera callado! ¡Oh, quién hubiera favorecido al pobre! ¡Oh, quién hubiera confesado!" (Quevedo: *Sueño del Infierno*).

b. Elogio de la sencillez

Desde la aceptación de su propia pequeñez, el humor descubre que donde grandes, grandes bienes; donde pequeños, pequeños bienes; donde ni grandes ni pequeños, ningún bien. El humor se sabe *pobre pero hidalgo*, y recuerda que en medio de su pobreza el 75% de la población asturiana de Tazones se declara hidalgo, por

lo cual los apellidos terminados en *ez*, tan despreciables hoy, son los que abonan la hidalguía. Por eso, cuando Carlos V desembarcara en Tazones encontró un auditorio con sombrero y alpargatas: "proque tienen derecho al ser hidalgos y alpargatas porque son pobres".

c. Elogio del humor esperanzado

En ese sentido, y a diferencia del "humor negro" privado de esperanza que contempla a los humanos como seres egoístas y orgullosos, que ve a la humanidad entera inmersa en el mal y en el sufrimiento, destinada a la nada y a la náusea, y que afirma que los otros son el infierno, frente a eso el humor humano *se encuentra lleno de esperanza*, dispuesto a lavarse los huesos y a renacer de nuevo a lo real cuando éste parecía ya destruido y roto, pues resulta posible renacer de nuevo al niño que lleva dentro todo ser humano incluso cuando es viejo, vale decir, incluso cuando su esquema de análisis se encuentra envejecido, deteriorado, entristecido.

Así las cosas, en cierto modo y en sentido lato el humor posee una *función sanadora y reparadora*, de ahí que no me acomoda, sino más bien me incomoda, esta afirmación de Octavio Paz: "El bálsamo que cicatriza la herida del tiempo se llama religión; el saber que nos lleva a convivir con nuestra herida se llama filosofía" (*La llama doble*). Pues la filosofía, como el humor, son bálsamo y a la vez herida: experiencia fuerte. Allá el que escriba, en fin, que si bien una persona puede a la par ser religiosa y practicar la filosofía, sin embargo la filosofía en cuanto tal no es religiosa: con su pan se lo coma el tal escritor.

d. Elogio del humor convertido

El humor así entendido se halla destinado a la *conversión*, a la reconciliación con lo otro y con los otros después de que ha transformado lo disarmónico malo en armónico bueno. Por eso el humorismo que llama a la conversión pone de relieve la bondad de la inteligencia sentiente manifestada en el alma buena que ha dejado atrás al corazón duro. Pone, pues, de manifiesto:

- la realidad de un *alma bella* o corazón bueno en el buen sentido de la palabra bueno, antítesis del corazón duro;
- la realidad de un *corazón alegre* encantado con la realidad a pesar de todas las malaventuras, porque un corazón triste sería un triste corazón en una mala realidad;
- la realidad de un *corazón liberador* que supera aquellas esclavitudes que ahogaban y destruían la realidad;

- la realidad de un *corazón vivificante* capaz de tornar a la fertilidad lo que se hallaba agotado;
- la realidad de un *corazón esencial* que se conforma con poco para ser feliz, dada la grandiosa carencia de sus necesidades desde su mirada simplificadora;
- la realidad de un *corazón modesto*, que sin embargo se abre y saluda a lo grande, e incluso a lo infinito;
- la realidad de un *corazón que perdona* y permite volver a empezar la hermosa experiencia de estrechar vínculos cuando todo parecía perdido;
- la realidad de un *corazón feliz* porque ya no echa cuentas ni calcula los rendimientos;
- la realidad, en fin, de un *corazón paciente* y bienaventurado, pues en definitiva el amor constructivo no echa nada en absoluto al fuego antes de tiempo, espera, pregunta, disculpa, es paciente, se esfuerza por ponerse enérgicamente en positivo.

Con frecuencia la voluntad de conversión la poseen más intensamente los sencillos y humildes que los escribas y soberbios tan stinerianamente llenos de sí como cerrados a lo que no son ellos mismos, cosa que algunos han manifestado desde antiguo:

"Ante un auditorio "mixto", formado en parte por gente simple y publicanos y en parte por doctores de la ley y fariseos, los mismos gestos y las mismas palabras de Jesús resultan a veces humorismo para los unos e ironía para los otros. Así, respecto a la célebre cuestión del tributo debido al César ("Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"), los fariseos hubieron de escandalizarse, mientras la multitud de los simples le escuchaba con placer" (Henri Cormier. *L'humorismo di Gesù*. Edizione Paoline, Roma, 1979, p.21).

e. Elogio del humor autorrelativo

En esa longitud de onda se produce la buena vibración humorosa y amorosa de la comprensión, de la benevolencia o bienquerencia (Aristóteles mismo aseguraba que el humor benévolo es propio de la "megalopsijía" o magnanimidad ante lo ridículo), de la magnanimidad propia de las almas grandes, precisamente aquellas que no se hacen en modo algunos ilusiones narcisistas acerca de la santidad del propio estado, que son precisamente *aquellas que tienen sentido de la propia relatividad y pequeñez, siendo capaces de reirse de sí propias*, de reirse en la propia barba, de probar el humor sobre la propia cabeza. Y es que el humano verdaderamente, humorosamente, amorosamente ilustre sonríe indulgentemente respecto de sí mismo y además busca en la propia dispo-

sición interior la sublimación de la potencialidad crítica. Hace falta muchísima categoría para comportarse como Malesherbes, que después de haber tropezado cuando se dirigía hacia el patíbulo para ser decapitado comentó irónico: "Mal presagio. Un romano se hubiera vuelto a casa".

El humor bendice así a nuestra subjetividad cuando la libera de la engorrosa cancela en que ella misma se había enclaustrado amurallada y defendida frente al resto, frente al otro tratado como lo otro, frente al diferente entendido como deficiente. La autoironía no consiste en modo alguno en un movimiento de revocación de la identidad, no es la autoconciencia crítica que anula a la conciencia ingenua, la racionalidad amarga que abate a la genuina ingenuidad, no la vivencia de una identidad desajustada o perpleja, prestada o usurpada, sino precisamente todo lo contrario: consiste en el ensanchamiento de su identidad estrecha, en su desenmascaramiento, en su apertura a la legión que lleva dentro de su nombre propio. Es por esto por lo que el humor anula la incapacidad autocrítica: porque toma distancia de forma tonificante respecto de un sí mismo demasiado abotargado siempre, ese yo espeso, más que sólido solidificado, incapaz de otra cosa que no fuera pensarse a sí mismo como mole granítica para una estatua autovotiva. De este modo venimos nuevamente a parar a lo ya sabido: a que el sentido de lo relativo es el que hace soportable el sentido de lo absoluto.

El humorismo no termina en el nihilismo, sino a pesar de su punzada disarmónica y de su amago desestabilizador, en la virtud de donde irradian todas las virtudes, de tal modo que quien no sabe reírse de sí mismo se arriesga a ser una mala bestia: "Lo que los alemanes llaman tan acertadamente seriedad animal (*tierischer Erns*) constituye siempre un síntoma de megalomanía, y hasta sospecho que una de sus causas. El orgullo es uno de los principales obstáculos que nos impiden vernos tales y como somos en realidad. Estoy convencido de que un hombre con el suficiente sentido del humor no corre el peligro de sucumbir a ilusiones demasiado halagadoras acerca de sí mismo. El primero de los mandamientos debería ser *no engañarse a sí mismo*. Y la capacidad de obedecerle se encuentra en proporción directa a la capacidad para ser sincero y leal con los demás. Una dosis suficiente de humor inmunizaría al hombre contra los ideales fingidos y fraudulentos. El humor y el conocimiento son las dos grandes esperanzas de la civilización" (Konrad Lorenz: *Sobre la Agresión, el Pretendido Mal*. Ed. Siglo XXI, México, 1976, p. 332).

f. Elogio del humor dialógico

Y puesto que el humor libera espacios mientras que la animal seriedad a ultranza los achica, no habrá humor sin *apertura dialogal a los demás*, una apertura que además rompe de paso y a un mismo tiempo tanto el aspecto siempre un poco patético y rígido del formalismo lógico gramatical como la estabilidad discursiva anclada en lo sólito, como la obligatoriedad protocolaria. La actitud humorante y religada incluye un movimiento de comunicación solidaria, sodalicia, vital, hacia el tú y hacia el nosotros desde el flanco de la propia debilidad del yo, con la que se implica asuntivamente para formar un bloque unitario ofrecido como albergue y cobijo de todo juicio lúdico: "Los verdaderos grandes, sólo los de ánimo grande" (Quevedo: *Sentencias*).

El humor necesita *complicidad* (andar por la vida riendo en solitario cual autómatas autoclausurados también sería posible, pero sólo cuando faltaran los demás: hipótesis improbable). El humor exige asociación y complicidad. Simpatía comunitaria no la habría sin alguna forma de complicidad (como ocurre también en la historia, donde uno comienza a desaparecer precisamente en el momento en que comienza a carecer de referentes y de referencias comunitarias en donde autocomprenderse).

Por eso mismo puede decirse que el humor, la corribilidad, resulta ser la fuente de cualquier *convivencia en democracia rigurosa*, pues dos corazones corrientes funcionan cooperativamente desde la simpatía o com-pasión en el universo que se va construyendo. No existe democracia sin humor, y donde no hay humor sólo queda ya crispación, por lo cual "quizá sea el mejor regalo que se puede hacer al compañero: estar siempre de buen humor" (José M. Cabodevilla).

Pero esta democracia así de humorosa y amorosamente entendida va más allá de la política como conquista del poder y apunta hacia aquello tan platónico de la política como justicia y pudor, justicia y pudor que enraizan en al alegría del servicio: "Dormía y soñaba que la vida no era más que alegría; me desperté y vi que la vida no era más que servir; servir y vi que en el servir está la alegría" (Rabindranath Tagore).

g. Elogio del humor gratuito

El humorismo generador de convivencia parécenos un arte de vivir que conserva amorosamente todo en su puesto, el puesto que acepta *la gracia del espíritu humoroso/amoroso*, el cual late tanto en lo pequeño como en lo grande, por más que tal amalgama de lo pequeño y de lo grande resulte difícilmente definible: "Amor es

un no sé qué, viene por no se dónde, le envía no sé quién, se engendra no sé cómo, se contesta con no sé qué, y se siente no sé cuándo, y mata no sé por qué, y finalmente, sin romper las carnes de fuera, nos desangra las entrañas de adentro" (Ovidio: *Ars amandi*).

A la vista de ello, por cierto, ¿no resulta un tanto raro ver a los hombres combatir de buen grado por su religión y vivir sin embargo con tan poca voluntad de acuerdo con sus preceptos? Vean, pues, los tales combatientes de no causarse asco a sí mismos.

h. Elogio del humor eterno

Así las cosas, el amor, cuanto más profundo, tanto más *se abre a la perspectiva de lo eterno desde lo contingente*, siguiendo la revelación de los misterios guardados en el silencio desde los tiempos eternos. De ahí esta doble condición:

- para tener sentido del humor es menester tener sentido de lo relativo y ojo para lo absoluto;

- asimismo el secreto del humorismo está en *tener sentido de lo absoluto a partir de lo relativo*.

Carecen, pues, totalmente del sentido del humor aquellos que prefieren las tinieblas de lo relativo antes que la luz de lo absoluto, gentes que ponen su absoluto en el placer, en una idea, en su truculento ego enfautado, en un algo a lo que tras su absolutización convierten en *ídolo*, lo que les convierte en autómatas de la exclusión en nombre precisamente de ese su ídolo.

El absoluto no coincide con la inmanencia, ni siquiera con la inmanencia enamorada, esa que enfatiza "dondequiera que ella estuvo, estuvo el paraíso" (inscripción que Adán grabó sobre la tumba de Eva, según una narración de Mark Twain). No. El absoluto sólo puede ser la perla absolutamente preciosa por la cual el hombre vende y da todo lo que posee (Mt 13, 44-46), la realidad total, durable e inmutable; lo relativo son todas las otras realidades parciales, temporales, mutables, en las cuales el ser, la bondad, la duración devienen relativas respecto a lo absoluto: "Quienes se alejan de Ti verán escritos sus nombres en la tierra" (Jer 17, 13). "La majestad y el poder -de todos los evos depende de ti, Señor" (III Esd 4, 40). "Seáis Vos bendito, mi Dios, por siempre jamás, que en un momento deshacéis un alma, y la tornáis a hacer" (Sta. Teresa: *Fundaciones* 22, 7).

Si tal es así, entonces la equivocación de plano y de pleno es aquella que toma a lo relativo por absoluto, y ello se paga con un despertar malhumorado en el interior del error: "A aquellos que definen demasiado fácilmente el bien, Jesús les dice: "Ninguno es bueno, sino Dios" (Lc 18, 19). A aquellos que separan demasiado

pronto a los buenos de los malos, les ordena: "Dejad que el trigo y la cizaña crezcan juntos hasta la siega" (*Mt* 13, 30). Advierte a quienes estiman muy durable la fortuna: "Necio, esta noche te será pedida tu vida" (*Lc* 12,20). A quienes creen saberlo todo les pregunta: "¿Tú eres maestro en Israel e ignoras estas cosas?" (*Gv* 3, 10). A quienes desean comprenderlo todo inmediatamente les asegura: "Comprenderás más tarde" (*Gv* 13, 7)" (Henri Cormier. *L'umorismo di Gesù* citado, pp. 31-32).

i. Elogio del humor bienaventurado

En resumen, nada de esto puede ser defraudado por nuestra flaqueza. Aunque haya quienes piensan que pegar con la frente en el suelo y vaciarse los ojos de tanto llorar frente a la loncha de Jabugo ya constituye una forma absolutamente irrebasable de solidaridad con los humillados del mundo, tal cosa en nada en absoluto se parece a las bienaventuranzas.

Así las cosas, ¿por qué no osar musitar que el verdadero humor resulta en última instancia un verdadero *macarismo*, y que en consecuencia siempre termina situándose (se mire por donde se mire) desde la perspectiva de las *bienaventuranzas*? Pues, en efecto, "por nuestra codicia lo mucho es poco; por nuestra necesidad lo poco es mucho" (Quevedo: *Sentencias*), y el que pretende pasar por sabio entre los necios pasa por necio entre los sabios.

Hay, pues, una forma de gracia que es agraciante, agraciada, sede de todo humor fértil sin por ello dejar de ser graciosa en el sentido en que hemos hablado hasta aquí. Vayamos, pues, *de lo gracioso a la gracia*.

Abstract

This article comprises a philosophical reflection on humour. Throughout the text, the author gives different definitions of humour and establishes a typology: satirical humour, enigmatic, intellectual, liberating, destructive, Freudian, destabilizing. According to the author, humour is the most surprising way to take what is serious as a joke because it is born from astonishment at the limitlessness of the cosmos and because it appears as a metaphor of opposites.